

**Please cite the Published Version**

Paucar-Caceres, Alberto  (2024) Elogio de los vencidos. Universidad Nacional Jorge Basadre Grohmann. ISBN 9786125167033

**DOI:** <https://doi.org/10.33326/9786125167033>

**Publisher:** Universidad Nacional Jorge Basadre Grohmann

**Version:** Published Version

**Downloaded from:** <https://e-space.mmu.ac.uk/642168/>

**Usage rights:**  [Creative Commons: Attribution 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/)

**Additional Information:** This is an open access book published by Jorge Basadre Grohmann National University. All works published by the Jorge Basadre Grohmann National University are protected by a Creative Commons Attribution 4.0 International License.

**Enquiries:**

If you have questions about this document, contact [openresearch@mmu.ac.uk](mailto:openresearch@mmu.ac.uk). Please include the URL of the record in e-space. If you believe that your, or a third party's rights have been compromised through this document please see our Take Down policy (available from <https://www.mmu.ac.uk/library/using-the-library/policies-and-guidelines>)

---

**UNIVERSIDAD NACIONAL JORGE BASADRE GROHMANN**

---

**Dr. Javier Lozano Marreros**

RECTOR

**Dra. Adriana M. Luque Ticona**

VICERRECTORA ACADÉMICA

**Dr. Hugo Flores Aybar**

VICERRECTOR DE INVESTIGACIÓN



**UNIVERSIDAD NACIONAL  
JORGE BASADRE GROHMANN**



Alberto Paucar Caceres

Elogio de los vencidos

## Catalogación en Publicación - CIP

Paucar Caceres, Alberto, 1952  
Elogio de los vencidos.-- 1a ed.-- Tacna: Universidad Nacional Jorge Basadre Grohmann, Fondo Editorial Universitario, 2024.66p.; 23.5 cm

D.L. 2024

ISBN:

1. Literatura contemporánea 3. Narrativa peruana 4. Cuento 5. Tacna  
I. Universidad Nacional Jorge Basadre Grohmann

### **Elogio de los vencidos**

#### **Autor:**

© Alberto Paucar Caceres

#### **Editado por:**

© 2023, Universidad Nacional Jorge Basadre Grohmann. Fondo Editorial Universitario  
Av. Miraflores s/n, Tacna – Perú  
foed@unjbg.edu.pe

Primera edición, agosto 2024

Tiraje: 250 ejemplares

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2024

ISBN:

**Versión digital disponible en:** <https://libros.unjbg.edu.pe>

Revisión técnica: El presente libro cumplió con el sistema de evaluación por par (doble ciego)

**Evaluador:** Carlos Capellino

**Jefe/Editor:** Efren Eugenio Chaparro Montoya

**Coordinador editorial:** David Enrique Moisés Salamanca Tejada

**Ajuste lingüístico:** Danny Deza Mendoza

**Ilustración de cubierta:** Jhon Ortega

**Diagramación y Diseño:** William Gonzalez H.

Se terminó de imprimir en agosto de 2024 en: Cuadernos del Sur EIRL

Tarapacá Mza 24, Lte. 7. Urb. Bolognesi. Tacna

*Las opiniones expuestas en este libro son de exclusiva responsabilidad del autor y no necesariamente reflejan la posición de la editorial*

Impreso en el Perú / Printed in Perú

# ÍNDICE

Prólogo .....	11
Prefacio .....	15
Ojo malagüero .....	19
Ojos de niño .....	25
Matilde ayudándome a sacudirme de estos fantasmas .....	31
Susto de sapo .....	39
Consultorio psiquiátrico .....	45
La vergüenza de la sangre y el dolor de lo que pudo haber sido .....	51



# Prólogo

Carlos Capellino

Elogio de los vencidos es un conjunto de relatos que explora temas profundos y personales como la pérdida, la soledad y la lucha interna del narrador. Se trata de seis textos, cuatro de ellos transcurren entre Tarata y Tacna y los dos últimos en Lima, aunque el relato final tiene ecos de Tarata y Tacna, también.

\*

“Ojo malagüero” muestra una narrativa fragmentada entre sueños y realidad que resalta la complejidad emocional de Doña Juana. Esta experimenta una conexión entre su “ojo malagüero” y los eventos trágicos que rodean la partida de su hijo Pedro. Este ojo funciona como un símbolo de premonición arraigado a la cultura local. El viaje a la playa se convierte en una odisea determinista que emplea la naturaleza y la figura del gallo como elementos ominosos, generando un ambiente cargado de presagios. La pérdida de Pedro se convierte en un misterio en el contexto de la naturaleza hostil personificada en “la mar brava del sur”. La dualidad entre el desequilibrio aparente de Doña Juana y su conexión espiritual con su hijo crea una atmósfera surrealista.

“Ojos de niño” presenta un relato íntimo y conmovedor que explora la complejidad del personaje central, Enrique. El narrador, a través de sus recuerdos de la infancia, ofrece una dualidad entre la imagen de Enrique como un trabajador fuerte y diligente y su otra faceta marcada por la brutalidad y la melancolía cuando cae en el exceso del alcohol. La narrativa se enriquece con la devoción de Enrique por las tareas cotidianas que se convierten en rituales, contrastando con la desolación de sus noches de embriaguez. La revelación de su pasado como marinero y sus sueños de escapismo a través del cine añaden capas a su persona-

lidad. La soledad y tragedia que rodean la vida de Enrique generan empatía, especialmente cuando se revela su muerte trágica y la difícil identificación de su cuerpo. La narrativa reflexiva y la conexión entre las experiencias personales y universales hacen de este relato un estudio profundamente humano.

“Matilde ayudándome a sacudirme de estos fantasmas” se presenta como un relato introspectivo y conmovedor que destaca por su enfoque en las complejidades familiares y las luchas internas del narrador. El texto utiliza la memoria y la nostalgia para construir un retrato vivido de la familia, el entorno y la pérdida. La descripción del conventillo, los personajes y las relaciones familiares revelan la textura social de la época. Matilde emerge como un personaje central, capturando la atención del lector con su belleza, su juventud truncada y el impacto en el narrador. El relato explora temas sensibles como la violencia intrafamiliar, la maternidad temprana y la tragedia. Desde el título, el narrador busca la redención a través del recuerdo de Matilde.

“Susto de sapo” se sumerge en la experiencia infantil del narrador, explorando el miedo, la pérdida de orientación y el encuentro con lo desconocido, personificado en un sapo. La narrativa utiliza la metáfora del maizal como un laberinto, simbolizando la complejidad y la confusión que experimenta el niño al perderse en un mundo de adultos que no comprende. El episodio del encuentro con el sapo se convierte en un momento de terror y fascinación, destacando la vulnerabilidad infantil. La figura materna, representada por Mamá Juana, se erige como una autoridad que dirige la tarea del riego. Su destreza en el manejo del agua refleja a su vez su control sobre la familia y la tierra. La relación simbólica entre agua y aceite resalta la importancia de conservar y utilizar los recursos de manera eficiente.

El sapo se convierte en un elemento aterrador, asociado a la idea del mal del “susto”. La explicación materna sobre la necesidad de ver al sapo muerto para superar el miedo revela creencias culturales arraigadas en la comunidad andina. La muerte del sapo se percibe como un acto necesario para disipar el temor, aunque el narrador reflexiona sobre la posible conexión entre la

cobardía personal y la muerte del sapo. La metáfora del sapo como un “caballero medieval derrotado y ensangrentado” añade capas de complejidad, sugiriendo una lucha interna en la psique del narrador. La conexión emocional entre el sapo y el narrador se profundiza al considerar al sapo como un “solitario poeta”, ofreciendo una interpretación más rica del encuentro y un amago de “arte poética” para un fauno lírico, nuestro apreciado vate tacneño en Manchester. Es así como tenemos un sapo-derrotado caballero medieval-niño, cuyo corazón se ha quedado en la tierra-Tarata-madre, preso de un susto que tiene al narrador-poeta-fauno dando tumbos emocionales por la vida.

“Consultorio psiquiátrico” ofrece una narrativa introspectiva que expone las ansiedades y la indecisión del protagonista en torno a una consulta psiquiátrica. El relato se inicia con la llegada a una sala de espera, en la cual la descripción de las interacciones en sala de espera y la fijación en el doctor revelan la agitación interna del protagonista. “Las paredes parecen cerrarse sobre mí” simboliza un claustrofóbico estado mental. La intensidad emocional aumenta cuando el narrador experimenta un momento de crisis, por la incapacidad para escuchar lo que el médico le dice, pues paradójicamente no deja de sentir las miradas ni observar a las mujeres que esperan al doctor. La indecisión del narrador y su timidez se destacan cuando no logra expresar claramente su deseo de atención privada. El relato concluye con la sensación de que el protagonista anhela alguna conexión humana en el bus, buscando una interacción más cálida o personal en lugar de la rutinaria invitación de pasar al fondo del bus.

“La vergüenza de la sangre y el dolor de lo que pudo haber sido” es un relato que explora los temas del arrepentimiento, la inseguridad y el clasismo-racismo en la sociedad peruana. La historia sigue a Arturo, un exitoso analista de Petroperú, mientras lidia con el avanzado deterioro de su madre Francisca debido al cáncer. A medida que su madre se acerca a la muerte, Arturo se ve abrumado por la vergüenza de sus orígenes humildes cuando unos parientes de rasgos andinos visitan a Francisca en la clínica. Esta vergüenza lo lleva a negar sus raíces y tratar de ocultar a sus

parientes de las enfermeras y otros visitantes. Sin embargo, el tío Esteban lo confronta por su hipocresía, dejando a Arturo sumido en la culpa y el arrepentimiento.

\*\*

Alberto me entregó un primer texto que llevaba por título *Cuentos para curar el alma y abrigar la soledad*, al que le sumó el último cuento. El libro ahora se titula *Elogio de los vencidos* y lleva como subtítulo *Cuentos para curar el alma y abrigar la soledad*. En la Edad Media, los médicos, además de otras terapias, sangrías y lavativas, solían recomendar logoterapia para curar el mal de la tristeza. Se creía en el poder de la palabra para salvar al enfermo, de tal manera que, en actitud receptiva, podía leer, asistir a misa, oír la palabra de Dios, los consejos de alguien querido o sabio o buscar interlocutor. Alberto Paucar, a la distancia temporal y espacial, intenta de alguna manera, tal como aun intentan vates y narradores, atenuar la nostalgia con esta mano de cuentos. Por supuesto, toda nostalgia contiene un extraño equilibrio entre dolor y, lo que llama Paucar, abrigo, precisamente porque la mayoría de estos relatos son un retorno al tibio útero, en su amplia acepción de madre, familia, hogar, terruño, patria.

Los que conocemos a Alberto y su obra sabemos de su entrega a la literatura a través de la poesía y si podemos sentir la soledad y la angustia, el delirio y el anhelo del contacto en sus versos, estos relatos desnudos y honestos de fuerte corte autobiográfico revelan ante nosotros otra faceta humana complementaria y la ratificación de su fe en la expiación a través de la palabra que nos lleva a recordar las viejas Confesiones de San Agustín. Saludamos esta nueva entrega con beneplácito porque acercan una vez más al autor a Tarata, a Tacna y al Perú desde la rubia Albión donde reside desde hace décadas. Brindemos abrigo a estos relatos, brindemos abrigo a Alberto con un aplauso y brindemos también por este libro.

# Prefacio

En las siete décadas de andar en este mundo, al escribir este prefacio, caigo en la cuenta de que he vivido la segunda mitad de mi vida fuera de mi país. Cuando en agosto de 1987 dejé el Perú, en mis maletas se vinieron conmigo, lo recuerdo claramente, la edición Clásicos de la Juventud de El Quijote, las obras completas de Borges y el manuscrito de algunos de mis cuentos, poemas y otras notas y apuntes.

Los cuentos que aquí se publican los había escrito, furtivo, entre mis labores de analista de Investigación Operativa en Petroperú y las veladas en las peñas del Rímac y Barranco interrumpidas por apagones, matanzas y estallidos de bombas orquestados en el tope de la demencial carnicería que “Sendero Luminoso” sometió a nuestro país en los 80. Al partir hacia la que, hasta esa fecha, era la desconocida Inglaterra, sabía que iba a extrañar la triste bruma de invierno sobre el mar de Barranco, no las matanzas ni las voladuras ocasionadas por los senderistas.

En Tacna, a mediados de los 70, apadrinado por Livio Gómez, había publicado mi primer poemario. Después de esto, alentado por Segundo Cancino, Artidoro Velapatiño, Martín Parodi y otros amigos y compañeros del grupo de poetas y narradores tacneños, siguieron algunas otras publicaciones. También, desde Lima, colaboré con cariño y dedicación en la edición de hermosas revistas de poesía publicadas en Tacna.

Creo que siempre he tenido mucho deseo y mucho afán de escribir cuentos, pero poca destreza; sin embargo, al establecerme en Inglaterra, volví a esos manuscritos que se vinieron en la maleta. Creo que la distancia y la separación de mi tierra, familia y amigos me han hecho volver a ellos, revisarlos y corregirlos (esperando hacer de ello una buena práctica). De los seis que aquí se ofrecen, uno, *Consultorio*

*psiquiátrico*, fue publicado en la *Antología general de cuento en Tacna*<sup>1</sup>. Los primeros cuatro son inéditos y tratan de revivir memorias de mi infancia en Tarata y en Tacna. Con excepción del último, *La vergüenza de la sangre y el dolor de lo que pudo haber sido*, que fue escrito recientemente, los otros fueron escritos hace varios años. Son modestos esfuerzos de dar forma artística, supongo, a intensos momentos y eventos que siempre están conmigo. Son relatos de autoficción que jalonan la primera mitad de mi vida en Tacna y en Tarata, mi hermosa tierra natal.

Han pasado varias décadas desde que los eventos registrados en estos cuentos sucedieron, a mí también me han pasado y traspasado muchas cosas. A veces medimos nuestras vidas por los *altos* que hemos alcanzado; yo anidaría ahí también los *bajos*, las derrotas y las caídas. “*Alberto, la vida no es como uno quiere que sea, la vida simplemente es*” me dijo una vez Segundo Cancino. Estos cuentos describen eventos que, de alguna manera, reportan las caídas, pérdidas, angustias, miedos y derrotas (¡hermosas derrotas!) que todos tenemos. Al releerlos, con la ventaja que da la distancia, en tiempo y en espacio, creo que estos cuentos me alivian el alma, abrigan mi soledad y me preparan a esperar el próximo invierno de esta isla fría y lejana.

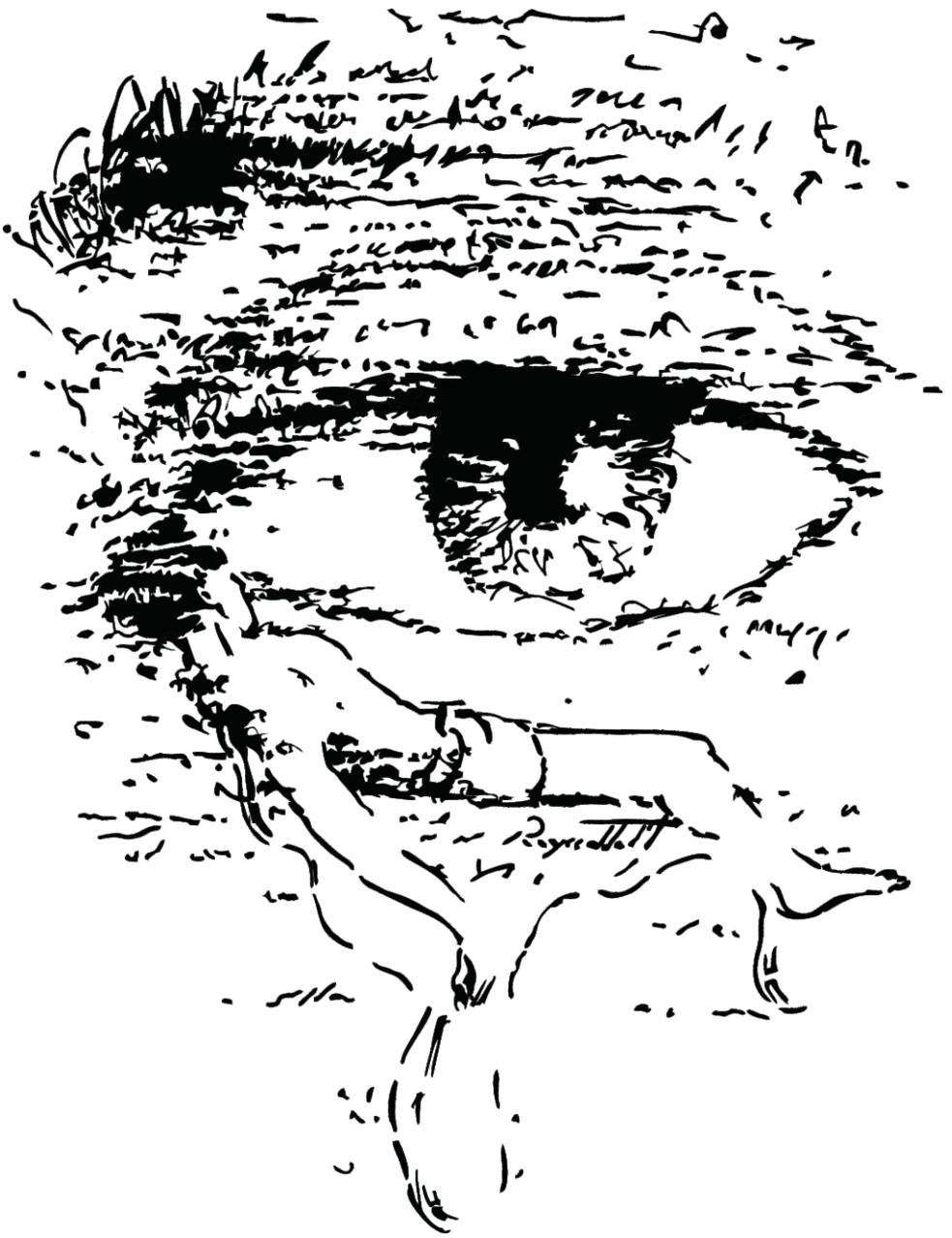
Alberto Paucar Cáceres  
Silverdale, Lancashire, noroeste de Inglaterra, abril de 2024

<sup>1</sup> Luis Alberto Calderón Albarracín (2009). *Antología general de cuento en Tacna (Siglo XIX-XXI)*, vol. II, p. 69. Ediciones Arcoíris. Tacna

*A mis hermanas:  
Matilde (la ausente),  
Martha, Emma y  
Nilda.*



# OJO MALAGÜERO



Lo supe desde que empezó a llenarse de esa aguadilla pálida, desde que sin doler siquiera se enrojecía día a día supe que era signo inevitable de malos augurios, supe que algo terrible iba a pasar. Mi comadre Gregoria sabía decir que en nuestros ojos se acumulan todos nuestros conchos y todos nuestros pesares: “en el mirar se conoce si algo va a pasar”. Ahora lo sé, porque toda la semana antes de ese maldito domingo estuve maliciando qué cosa pasaría; por eso, cuando en la cama, despierta, me pasaba la mano para ver si la hinchazón había desaparecido, me seguía repitiendo qué será lo que este ojo malagüero estaría tratando de decirme.

Los despedí tempranito por la mañana del domingo, oscuro oscuro estaba cuando medio dormidos les ayudé a poner en el camión los bultos con la comida, los aguayos envolviendo al picante que preparamos por la noche. “Tenemos que apurarnos si queremos ver el amanecer en el mar” le oí decir a mi Pedro y lo noté más maduro y pensé para mis adentros que ese mayo cumpliría sus dieciséis años. No dejé, sin embargo, de seguir maliciando y no bien los vi partir no pude volver a dormir, así que me senté a tomar mi tecito con el pan que me dejaron; noté que el ojo seguía hinchado y esta vez su sopor me calentó la cabeza con calientes sueños en los que el río Ticalaco entraba cargado de aguas color melcocha; el cansancio me hizo cabecear y otra vez vi a mi comadre Gregoria diciéndome: “Doña Juana, no debió usted dejarlos ir... corre mucho ventarrón en las aguas de la mar y las guaguas que más queremos el agua les entra por todos los poros del cuerpo y luego no pueden salir de la mar”; a este sueño le siguió otro en el que se veía a mi Pedro todo contento el sábado, la víspera del viaje tan esperado a la playa, la mar como dicen que se llama propiamente; mis

abuelos decían que la mar no tiene fin y al recordar esto me dio miedo, me imaginaba un campo verde, pero de un verde frío y malicioso en el que había voces que llamaban; el miedo, sospecho, me impidió entender lo que las voces dijeron. Ahora sé que en medio de ese sueño fue que mi hijo se había desvanecido en la mar.

Ya no pude dejar de pensar en ellos todo el día; en esta cabeza, más y más ideas feas como yerbas malas iban apareciendo. La tarde llegó sin yo siquiera notarlo, me pescó en mi rincón contemplando las gallinas y solo supe que medio día había pasado por la sombra del gallo en el suelo terroso, manchado aquí que allá por el agua que regamos por la noche. Cuando lo vi, recién me di cuenta, todavía como entre sueños, de que había escuchado cantar al gallo y, al pensar otra vez en la sombra, me asusté más; sabía que solo malos augurios hacen cantar a los gallos por la tarde; también, recién me di cuenta de que no había comido y que las tripas me estaban sonando; me levanté y puse a calentar el resto del picante que me dejaron en la olla. “Qué pena que no pueda venir mamá, pero es la calor que le puede hacer peor al ojo; es mejor que esté usted en casa; ya le contaremos como es el mar”; recordé sus palabras y con algo de sosiego comí unos bocados del picante con los restos de la colisa que me sobró de mi desayuno; sería como las tres de la tarde y, aunque este ojo seguía chorreando, esta vez sentí que era un llanto genuino, no la aguadija turbia de antes; era como si de pronto la lágrima hubiera encontrado su propio motivo; como si sobre el lloro pálido de la hinchazón, otro más puro, más verdadero viniese directamente del corazón a atropelladas a reemplazarlo; no pude contener un suspiro tan hondo que me asustó más, ya que hasta las gallinas corrieron de mi lado; supongo que el sopor me agotó o fue que tal vez mi corazón en ese suspiro había dejado de latir a eso de las cinco de esa tarde terrible, de ese domingo del gallo y de este ojo malagüero.

De ahí en adelante no recuerdo más, no recuerdo cuando oscureció y si mi corazón seguía agitado o no, solo recuerdo que me levanté sin el parche sobre el ojo malagüero; me dijeron (no sabría decir si lo soñé, pues no sé si los muertos pueden soñar) que cuando ellos regresaron de la playa me encontraron llorando y pudieron ver que en el ojo, ya sin parche, la laguna era más espesa; dicen que era el ojo del lado de mi corazón y no pudieron contenerme pues los arañé y me puse como loca; casi no les di tiempo a que la mentira que habían ensayado llegara a mis oídos.

Debían haber sido como las diez de la noche cuando llegaron y al instante en que el camión entró en el canchón donde vivíamos pude confirmar mis presentimientos; les seguí colmando de gruesos y obscenos insultos, pues no quería que me creyeran tonta, sonsa; no creí ni un comino, ni un pelo, de lo que me dijeron; que mi Pedro se había quedado un día más en la playa, que era porque le había gustado mucho la mar; lo único que quería era que me dejaran sola con mi corazón; él y este ojo ya me habían confirmado la hora exacta de su muerte; ellos, ojo y corazón, sabrán por qué tuvieron que esperar hasta la tarde, por qué dejaron que solo mi comadre Gregoria, a eso de las diez de la mañana, en mi sueño, me acompañara justo en el momento en que mi Pedro se entregaba a la mar, tratando de enfrentarse a esa brava mar del sur, tratando de abrir sus aguas con sus pequeñas manos, tratando de salvar a una muchacha de la capital a quien nunca antes había visto. La mar, lo comprendo, hambrienta por la temprana mañana, se los tragó a los dos.

Como digo, no creí ni creo en lo que me dijeron; solo sé que mi Pedro y yo estuvimos juntos desde las diez de la mañana, desde mi sueño y luego toda la tarde, juntos; no les creo cuando dicen que me encontraron convertida en una mujer medio loca; porque ellos no saben que la mujer que encontraron fue solo un fantasma, ya que la otra, es decir, yo

misma, la madre, la que no llora por su hijo (pues sabe que eso hará que el hijo sufra mucho en esta y en la otra vida), es la mujer que va con mi finadito Pedro siguiendo las voces de los verdes fantasmas en la mar, de esa brava mar que se inicia en la playa que llaman “Boca del río” y que luego continúa en eso que también debe seguir llamándose la mar y que no tiene fin.

Lancaster, Inglaterra, enero de 1992

## OJOS DE NIÑO



Se le veía siempre fuerte como una torre y ligero como un gato montés; sus brazos llenos de nervio y fibra no descansaban nunca; se ocupaba principalmente en las faenas diarias de nuestras chacras, en esas flacas cintas de tierra que teníamos en las afueras de Tarata; a esas laderas iba muy temprano llevando a la única burra que teníamos y regresaba al anochecer casi siempre con un atado de leña; en nuestra solitaria niñez fue la sola imagen cercana de padre que mi hermana Martha y yo tuvimos; el nuestro siempre andaba viajando pegado a su camión; recuerdo que esta soledad se hizo más pronunciada cuando mi madre también empezó a viajar con él.

A mí me gustaba verle trabajar; ponía entera devoción en lo que hacía; para él toda tarea era igual de importante, desde cargar o “terciar” a nuestra burra con el exacto peso de leña hasta lustrar sus botines con la exacta cantidad de betún; toda tarea era una ceremonia, un rito al que se entregaba completo; tal vez por ese perfeccionismo yo siempre le atribuí una naturaleza de ser casi sobrenatural; no me podía imaginar que alguien que cocinaba deliciosamente pudiera también levantar las más increíbles masas de peso en sus espaldas; todas estas proezas le dieron en mi impresionable mente infantil un halo como de sueño, de romanticismo; para mí fue como un ser de otras tierras más lejanas y mares desconocidos.

Toda esta imagen de sueño, de acabado, limpio y metódico orden desaparecía cuando bebía; cada vez que sucumbía al alcohol, lo hacía siempre con exceso y ahí sí que cambiaba; le poseía una brutalidad mezclada con bordes de tristeza y melancolía; desvariaba y en su diálogo sin sentido hablaba de mares remotos, nombres extraños a nuestros oídos provincianos: California, Los Ángeles, San Francisco, Hambur-

go nos sonaban tan lejanos a la atrasada Tarata donde vivíamos. Solo años más tarde supimos que de joven, sirviendo en la Marina había viajado de marinero raso en un buque escuela de la Armada Peruana; una lástima que supiéramos que su desvariada aventura estaba basada en la verdad; una pena que solo cuando estaba ya cansado y viejo nos convenciera de que su desvarío no era solo un sueño de embriagado.

Se llamaba Enrique, era hermano menor de mi padre; los dos se habían venido a Tacna en los años 30. Como tantos muchachos de Puno aprendieron el oficio de sirvientes en casas de abogados o ingenieros en esa ciudad, que por estar en la costa significaba para ellos un radical avance en lo que pensaban serían sus vidas. El oficio de “muchacho” y el saberse discriminado no le tardó en crecer en la piel; el aceptar órdenes y el tratar de hacer cada cosa en la mejor de sus habilidades y el temor al patrón moldearon su inteligencia de muchacho andino.

La afición por el cine le debe haber venido de sus tiempos de sirviente; recuerdo que mi padre contaba que por ese motivo nunca aprendió a leer como él. “A ese le gustaba el cine y dejó la escuela nocturna por ver películas de cowboys” solía decir; imagino que mi tío soñaba y como nadie, él se veía identificado con las películas; en esas noches de cine seguro que soñaba con ser un John Wayne o un Charlton Heston, dos de sus máximos héroes hasta los últimos años. Sospecho que su inteligencia moldeada ya en la dura práctica de las tareas domésticas le permitió diferenciar esa vida de imagen de la vida real; diferencia que se nublaba en sus noches de cine; sospecho que aceptó, con terrible amargura, que su condición de indio peruano no la podría cambiar en un país como el Perú. Este puro escapismo, esta sublimación le sirvió para sobrevivir aun en sus años maduros; recuerdo que los domingos se cambiaba con sus mejores ropas y solía ir al cine en la matiné; no pocas noches salía con el mismo

pretexto y regresaba ebrio y con la novedad de que había empeñado su casaca, zapatos y chompa por una botella de aguardiente.

Su vida amorosa y sexual siempre fue un misterio para mí; nunca supe si por esas noches en que solía regresar ebrio, llegaba de matar sus penas en uno de los prostíbulos baratos de la ciudad; nunca le conocimos una novia o enamorada; solo una vez recuerdo haber visto en nuestra casa a una dama de esbelto talle y amplios ojos negros de nombre Laura; le oí preguntar por él y cruzar algunas palabras con mi madre; recuerdo también que después de esta conversación mi madre nos dijo que ella estaba intercediendo en favor de esa dama, pues mi tío no quería una relación permanente; la próxima vez que mi tío se embriagó volvió a repetir su conocida justificación a su abandono y borrachera: “yo soy soltero, qué trapo, qué mujer, qué hijos”; creo que con profunda amargura repetía esto, como queriendo exorcizar su suerte de haber escogido el destino de sentirse solo y abandonado. Mis hermanas y yo hallábamos su llanto siempre extremadamente conmovedor y nos llenaba de una inmensa ternura, especialmente en sus últimos años cuando muchas veces llorábamos con él, tal vez porque su presencia siempre era más abierta que la de nuestro padre; no sé si esto era por los ojos de niño que siempre tuvo y con los años nos parecieron más inocentes.

Lo que más admiro de él es su carácter aventurero y su dejar gastarse por la vida como los maderos que el mar gasta en sus orillas; así vivió en sus últimos años; acongojado, aceptando su destino, pero manteniendo su nobleza de espíritu; entregándose, cuando no estaba ebrio, de lleno a las tareas que se le encomendaba, aun a las físicamente más extenuantes; hasta ahora me estremece recordar esa rara combinación de una vida tan dura con un alma tan inocente como los pájaros.

Su muerte fue un acto cruel y violento como lo fue toda su vida; pocas veces recuerdo haberme sentido tan triste como

cuando me enteré de que un camión lo atropelló y que estuvo agonizando en el Hospital General de Tacna por más de una semana; nadie lo pudo identificar, pues no llevaba ningún documento (pecado capital en un país como el Perú); para colmo de males (suyos y nuestros) por esas épocas mi madre estaba muy enferma casi vencida por un cáncer y mis hermanas y yo asistíamos a sus últimas batallas en una clínica en San Isidro, en Lima. Mi tío se había quedado encargado de cuidar la casa en Tacna; ya por esos años no confiábamos de sus promesas, sabíamos que el alcohol era su único sostén. Su muerte nunca quedó clara y mi hermana Martha, solo después de interminables pesquisas y trámites, le pudo dar sepultura en un nicho, pues la beneficencia había ordenado que fuera puesto en la fosa común en el polvoriento panteón de la ciudad.

Mis fallidos intentos de hacer las tareas que emprendo lo más cercanas a la perfección, mi neurosis de estar siempre insatisfecho por no haberme dedicado con íntegra devoción a lo que intento hacer y que con frustración a veces se quedan a medio camino, toda esa conmoción interna me viene de mis tempranas experiencias de mi vida con él, con este ser que vivió intensamente sus pocos años. Alguna vez un amigo me dijo: “la vida no es como uno quiere que sea, la vida simplemente es”; me estremece pensar que una vida tan valiosa haya sufrido tanta soledad hasta sus últimos minutos. Yo no sé si nosotros le hayamos querido lo suficiente; ojalá hayamos puesto algo de alegría en esos ojos, ojos de niño que siempre me han acompañado, como esta tarde, cuando llueve aquí en Lancaster, en esta ciudad cuyo nombre él se hubiera deleitado en pronunciar y añadir a la lista de esas tierras lejanas de las que hablaba cuando, siempre con exceso, bebía solitario.

Lancaster, Inglaterra, enero de 1993

MATILDE AYUDÁNDOME A  
SACUDIRME DE ESTOS FANTASMAS



*“Lo que no te mata te hace más fuerte”.*  
Friedrich Nietzsche *El ocaso de los dioses*

Habíamos venido de Tarata a Tacna el verano del año anterior y nos habíamos instalado con todas nuestras pertenencias, un amasijo de cachivaches (cacharpas, decía mamá) que una tarde desperdigamos a lo largo de un conventillo en la calle Arias Aragüez. Cuando nuestro acceso al conventillo aún era por una puerta trasera (la casa corría de calle a calle) a mí me gustaba pensar que al fin vivíamos en Tacna y en Arias Aragüez; ese nombre, en mis escasos diez años, al mismo tiempo que me producía sonidos dulces al pronunciarlo, me evocaba tristes faenas de héroes derrotados en la guerra con Chile.

La casa principal la ocupaba una señora, la Sra. Petronila. Doña Peta, que es como la llamábamos, subarrendaba los cuartuchos alineados en forma de ele en un patio polvoriento. Mi padre tenía un cuartito ahí desde sus tiempos de camionero y había conseguido que la señora le arrendara dos cuartos más para su familia. Nunca tuve plena certeza del tamaño de esa familia sin forma; me parecía un conglomerado de tíos (algunos casi de mi misma edad) de parte de mi padre y mi madre; mis hermanas Matilde, dos años mayor que yo; Martha, un año menor que yo, y Emma, la más pequeña, de dos años (a quien recuerdo haber mecido en mis brazos); mi abuela Juana y Alejandro, un viejo de cara durísima al que llamábamos papá abuelo y al que veíamos ocasionalmente, pero cuyas pocas apariciones siempre dejaban un reguero de alcohol y violencia.

Matilde era media hermana mía, mi madre la había tenido muy joven. Supongo que un día se habría cansado de trabajar como sirvienta en las casas de los pocos tinterillos

del pueblo y se decidió por lo único que todas las muchachas tarateñas de ese entonces se podían decidir: buscar un hombre, tener hijos y rogar por una vida de sufrimientos tolerables. Mi madre pensó que el panadero del pueblo, Emilio Pari, venido de Candarave, podría tomar cuidado de ella y de sus escasos diecisiete años; sospecho que sin pensarlo mucho se fue a vivir con él. La relación debió durar el tiempo necesario como para que naciera Matilde. Al parecer mi madre vivió con Emilio poco más de un año y pronto se dio cuenta de que los abusos físicos a los que pronto fue sometida eran insoportables (muchos años después, en Tarata, en la casa donde vivió con él, me diría recordando esos tiempos: “si estas paredes supieran hablar, te dirían, hijo, cuánto habré llorado cuando él me pegaba”). Mi madre regresó con su mamá, Juana, quien parecía sobrevivir las violencias del papá abuelo y ahí estaría por unos meses con la pequeña Matilde hasta cuando conoció a Pascual (mi padre, bueno... mi padre adoptivo, pero esa es otra historia...).

Matilde había sacado la fresca hermosura de mi madre y como ella, tenía unos rasgos de belleza moruna: frente resuelta, fina nariz y unas cejas como dos golondrinas sobre unos amplios y amelcochados ojos. Su pelo era negro y se lo arreglaba en dos gruesas trenzas cuya robustez se acentuaba con las cintas que usaba; no era demasiado alta, pero su talle ya se anunciaba esbelto. Sus pechos eran aún pequeños, pero ya atraían las miradas de los hombres y estoy seguro de que a ella esto le complacía; a mí me asaltaba una especie de temor el verlos; creo que era porque su fresca belleza era algo que causaba perturbación, en un ambiente en donde tanto la idea del pecado como el sentido del deber nos parecían aplastar; era este un ambiente de represión silenciosa, de una existencia sin color salpicada por borracheras de los adultos que nos aislaban a mí y a mis hermanas. Esta chata y neurótica vida explica tal vez por qué nunca nos dábamos

tiempo para regocijarnos en celebrar el crecimiento y la fresca entrada de mi hermana a la adolescencia como debía ser.

Recuerdo que durante esa semana Matilde había estado un poco agitada; recuerdo que sus quince años se habían pronunciado más en los últimos meses, sus leves pezones se anunciaron casi de improviso, como aparecía de pronto el verdor en los alisos y sauces que crecían a lo largo de los arroyos en las suaves colinas de Tarata; en esas tibias tierras que habíamos dejado hacía ya casi dos años, pero cuyas comarcas de dulces nombres aimaras aún coloreaban nuestras tempranas memorias.

Esa mañana desayunábamos como siempre en la choza que nos servía de cocina-comedor; esta la había construido el tío Enrique; estaba arrimada a una casi derruida pared que lindaba con el chiquero, en donde casi siempre dos chanchos parecían participar en nuestro diálogo. Cuando ya casi terminábamos de desayunar los acostumbrados panecillos con mantequilla, el quaker y el té; Matilde salió apresurada diciendo que iba al baño (así llamábamos a la sucia letrina que al final del patio servía a la media docena de familias que compartían el conventillo). Alejo (hermano menor de mi madre) le había estado mirando durante todo el desayuno y salió detrás de ella, la esperó a que saliera del baño y le increpó algo que no alcanzo a recordar; solo recuerdo que luego la estaba golpeando y ella no se defendía, solo lloraba. Alejo era apenas un par de años mayor que ella. Martha, Emma y yo habíamos salido de la cocina y solo nos limitamos a mirar lo que sucedía en el patio; los dos años de diferencia y el hecho de que Alejo, nuestro tío, había venido a Tacna años antes, al parecer legitimaban lo que estaba haciendo. No sé en qué momento Alejo introdujo sus manos en sus pequeños pechos y extrajo unos trapos y algodones que Matilde se había puesto para apresurar su ansiada madurez; recuerdo las maldiciones de Alejo y el rubor en el bello rostro de Matilde.

Nunca supe dónde estuvo mi madre en todo esto; a pesar de nuestra edad, estábamos ya acostumbrados a sus viajes y ausencias. Dije que mi hermana había sacado la fresca hermosura de mi madre, pero como ella también ya se empezaba a subyugar a la cretina fuerza de los hombres de mi familia. Vivió solo quince años; una vida muy breve, pero que, ahora recién lo sé, ha iluminado esos años de mi infancia dejándome una imagen que es lo más cercano a un rumor de ángeles y diosas viajando en una noche estrellada.

Su muerte nunca nos quedó aclarada; como entre sueños, recuerdo que un día la llevaron al Hospital General de Tacna sufriendo creo que de fiebres altas. En los días siguientes los reportes de los médicos fueron vagos y contradictorios (la palabra hepatitis parece haber sonado en los silenciosos diálogos entre mi madre y Mamá Juana). El ambiente en casa (si así pudiéramos llamar a los cuartuchos y al patio polvoriento) era de total confusión; creo que nuestra falta de trato con la ciudad no nos dio la confianza para obtener la correcta información de los doctores (un error de diagnóstico y de medicinas fueron también parte de esos diálogos confusos). El final fue rápido, triste y vertiginoso como aquella mañana del ultraje y como este, me resulta doloroso recordar, tal vez porque es difícil culpar a alguien; la memoria funciona mejor cuando hay héroes y víctimas en las historias. Solo recuerdo que un domingo fuimos todos a visitarla y ella ya no nos reconoció. Estaba en un estado febril y yo me puse más triste por verla envejecida; asustada, pedía que no nos acercáramos y pedía también protección de los demás pacientes; desvariaba como poseída y aunque sus ojos ya no brillaban como antes, había algo en ella que se aferraba a la vida. Ahora me apena que no haya podido confesarle cuán orgulloso estaba de su belleza de niña-diosa y de su compañía; una vez más me sentí cobarde y sobre todo inútil entre esa fantasmagórica tarde y creo que solo atiné a llorar;

recuerdo haberme sentido solo; no recuerdo haber recibido ningún consuelo ni de mi madre ni de mi padre o del resto de la familia. Esa tarde todos regresamos sonámbulos a nuestros cuartuchos; por la noche reunidos en el cuarto de Mamá Juana (su cuarto solía ser el centro de nuestra reunión, lo más cercano a nuestra “sala de estar”) sentíamos que la suerte estaba echada y solo nos quedaba esperar. Recuerdo que mamá lloraba y que por la mañana de ese lunes mi padre, que muy temprano había ido al hospital, regresó y entrando al cuarto que compartía con mis padres, le dijo muy lúgubre y seco a mi madre: “Pancha, se fue”.

Es cierto que la muerte nos aleja, pero también es cierto que nos acerca no solo a los que queremos, sino a nosotros mismos; yo, como mi hermana, he desvariado y casi enloquecido muchas veces; como ella he resistido ultrajes y tal vez muerto varias veces, pero como ella también me he querido aferrar a la vida, a sus vanidades, felicidades y desgracias. No sé si habré olvidado el ultraje perpetrado a una hermana de la que me separaban solo dos años; mi naturaleza tímida me hace fácil el perdonar, pero también sé muy bien que eso es solo aparente. No puedo negar que siempre he temido hurgar en el pasado de mi familia; sospecho que detalles y minucias encierran más violencias que no podría sostener; quisiera solo rescatar lo puramente literario (no por ello menos real, tal vez) de ese pasado y cubrirlo con mis actuales dolores, con mis actuales alegrías y es por eso que, de todo este episodio en mi vida y en la corta vida de Matilde, si algo me duele tanto como su muerte es mi temprana cobardía y también mi temprana complacencia; los rasgos de hipocresía y falsa moral, que aún carcomen mi alma y de los cuales trato de separarme, supongo, habrán nacido en mí al presenciar esas y muchas otras violencias. Supongo que sigo siendo lo suficientemente ingenuo como para esperar que un día todas esas violencias se borren de mi memoria y dejen de atormentarme; es por ello

que algunas veces quisiera solo vivir y no llorar, pero sé que ello es y será imposible; el llanto, como la vida, es necesario, pues nos hace más fuertes aun cuando, como siempre, lloramos por alguien que ya no está con nosotros, cuando sabemos que solo nos queda llamarles desde la mesa donde apretamos los puños y enronquecemos la garganta, sabiendo que no nos queda más que sentarnos a escribir y esperar que los ángeles (y Matilde, en mi caso) nos sacudan de estos fantasmas.

Siempre he pensado que mi infancia en Tarata, mis primeros años en ese conventillo de Tacna, lo que vi y lo que no vi, lo que me dieron y lo que no me dieron mis padres, la estruendosa presencia del papá abuelo, la fecunda humildad del tío Enrique, la mirada bella y triste de mi madre, la dulce compañía de mis hermanas y las muertes que presencié me enseñaron a poetizar la vida; sospecho que ahí empecé a guardar con cuidado y recelo todas esas magníficas derrotas, inmensas cobardías, reflejos retardados, temores y angustias y miedos que solo después lucharon por encontrar salida y tentar una respuesta. Aquella tarde en el hospital ante Matilde abandonada a su temprano destino solo pude llorar, ahora quisiera responder y cantarle a esa niña-diosa y limpiarla de todos los ultrajes, sé que en esa tarea intento limpiarme yo también. La fresca y limpia belleza de Matilde, interrumpida por esa misteriosa muerte, es algo que siempre he llevado conmigo y continuaré llevando como un barniz eterno, untado sobre mis penas, mis angustias y mis sueños.

Manchester, Inglaterra, 28 agosto de 1994

## SUSTO DE SAPO



—Nos ha tocado agua hoy día— le oí decir a mi madre. Tendría yo tres o cuatro años y en esa enorme mañana de verano me sentía vulnerable y desorientado caminando entre la atareada gente adulta de mi casa. “Tocar el agua”, ese término indicaba que nuestro turno de regar nuestra parcela de tierra había llegado. La chacra, que era como les llamábamos a esas cintas de tierra, era un hermoso maizal que llevaba por nombre Cone, palabra breve, pero como hecha de miel. Cone estaba en la comunidad de Lupaja y el maíz había crecido rápidamente con las tempranas lluvias de ese año y el fuerte calor del verano empezaba ya a reseca el arcilloso suelo de sus desordenados pateríos.

Mi madre, Mamá Juana, tío Enrique y otros parientes que habían venido a ayudarnos en esta tarea iniciamos la caminata que empezó en casa (desordenado grupo de cuartuchos arrimados uno detrás del otro) al final de la calle San Martín y continuó sobre las moradas colinas de Tarata. El camino de herradura lindado por piedras y chares lo pasé entre las espaldas de mi madre y de mi tío Enrique; mis piernas no estaban aún adaptadas para ese camino, el cual aun nuestras dos burras encontraban agotador.

La tarea de regar tenía que ser llevada puntual y meticulosamente; en las cinco horas en las que el agua nos pertenecía, por lo que todo debía hacerse con la máxima eficiencia; Mamá Juana era la que dirigía la faena; su autoridad era innegable y estaba basada en la forma en que ella distribuía el agua entre las sedientas plantas. El agua que debía llegar a todas las matas de maíz debía ser aprovechada y tratada “como aceite”, como líquido que no se debía y no se podía desperdiciar. Su mano en el regadío era fácil de distinguir: altos y bajos pateríos se rendían a su destreza y en los días

que seguían al regado, los caminantes elogiaban la pareja de los canalillos dejados por el agua.

El agua bajaba de lo alto de la ladera, cristalina, con una sonora melancolía, y la media mañana encontró a todos siguiendo las directivas de Mamá Juana. Mi madre me había dejado entre los aguayos y el poco fiambre que habían llevado (papas cocidas y ají encebollado); el sol aún no tocaba el cenit y todos andaban atareados, desperdigados en los pateríos. Recuerdo que me puse a caminar entre los pequeños riachuelos que corrían entre las matas de maíz, las cuales me parecían enormes palmeras, elegantes, llenas de un exuberante terror, mostrando ya pequeñas mazorcas del preciado fruto. Habría caminado unos diez o quince metros cuando decidí regresar, pues el terreno me pareció más tupido; no pude encontrar el camino de regreso al punto donde mi madre me había dejado. De pronto, el maizal se convirtió en un infinito laberinto y en mi pánico, probablemente, empecé a correr en dirección opuesta; el paisaje pasaba rápido ante mis ojos y me vi alucinado, pero al mismo tiempo aterrado y empecé a gritar; los hilos de agua reflejaban el fuerte sol, que a pesar de lo cerrado que era el maizal, atravesaba en oblicuas y finas espadas luminosas. En mi aterrorizada carrera caí malamente de bruces y al levantar la vista las hojas verde limón del maizal me parecieron gigantes batiendo sus lanzas sobre mi cabeza; corrí, tropecé, pero me levanté, seguí corriendo y en ese exacto momento lo vi: estaba plantado en medio de la fila de maíces; era como del tamaño de un puño de niño; verde oscuro y con sobresalientes gránulos marrones, la boca ocupaba casi todo su cuerpo y, aunque pequeña, me llamaba amenazante al punto de que me vi casi dentro de ella. Era la primera vez que escuchaba croar a un sapo a menos de medio metro de mis ojos, el sonido cascajoso me pareció aterrador como el eco de un infierno verde. Que lejano de lo poético que ahora me parece el

canto del sapo solitario. No sé cuánto tiempo permanecí frente a él en estado de trance e hipnotizado por su presencia aterradora; recuerdo que mi llanto se mezclaba con su croar en una sonora y gruesa trenza que sentía se me enroscaba de pies a cabeza; no me cabe duda de que el sapo estaba tan (posiblemente más) aterrado como yo; alcanzo a recordar que en un momento ya no escuché su canto y seguramente caí en lo que sería el primer desmayo de mi vida. Vagamente, como dormido, recuerdo que mi tío Enrique (aun él parecía pequeño en el maizal) me cargó en sus brazos y me entregó a mi madre. También, como entre sueños, ella me dijo que él había matado al causante de mi llanto y que era necesario que yo viera al sapo muerto; tratando de convencerme, mi madre me decía que los sapos y las culebras son malignos y nos causan “sustos” y, una vez muertos, el asustado debe asegurarse de ver el cuerpo del maligno muerto, fallado esto el susto “toma” al asustado y se apodera del “anima” y el peligro es que puede seguir con nosotros por mucho tiempo. Mi tío me llevó cargado y recuerdo vagamente haber visto al pobre sapito de mi susto cruzado y despatarrado por la lampa de riego de mi tío.

La imagen que guardo del sapito es la de un caballero medieval derrotado y ensangrentado y me pareció el espejo de mi alma de niño; quise hacerle saber que yo también estaba sangrando, pero mi terror veló mis ganas de ser generoso y solidario. Ay, sapito de mi infancia, cómo no haber trocado destinos ese día de mi niñez; cuántas saudades y congojas me habrías ahorrado; cómo no haber reconocido tu croar de solitario poeta y haberte pedido que me enseñes la verdadera canción, la que está siempre detrás del único poema que aún trato de escribir en estas frías y lejanas tierras donde quisiera tenerte enterrado para llorarte otra vez, pedirte que me enseñaras a ser valiente y entregarte este pedazo de papel que es todo lo que me alumbra para ti en mi corazón.

Humilde, como la lampa de mi tío, te pido me perdones por mi inveterada cobardía, única causante de tu temprana e inútil (como mi vida) muerte.

Silverdale (cerca de Lancaster), Inglaterra, 21 de octubre de 1996

# CONSULTORIO PSIQUIÁTRICO



En mi reloj, las seis en punto, y en mi cabeza: hablar con el doctor, y en el edificio que se presenta ante mis ojos, un letrero metálico: “Consultorio Psiquiátrico”. Y en la escalera no hay otra idea que la de hablar de lo que sea y con quien sea. Ya en la puerta del consultorio 401, varias señoras esperando al doctor, una de ellas, gorda, teje rápidamente y parece que hablara con la misma velocidad con la que los palillos del ajuar que teje dibujan aspas en el aire: en mi casa se oyen ruidos que en la noche me hacen saltar de la cama. La otra señora, más bajita, asiente diciendo que sí, que eso es cierto, que hay casas encantadas, pero que el doctor con sus explicaciones quita las dudas de que si son cadenas o argollas que, al ser arrastradas, producen esos extraños ruidos; que el doctor es una buena persona, y yo para mis adentros qué buena persona ni qué ocho cuartos y, para la señora, que ya he venido cinco veces y el doctor no me quiere atender porque la UNI no ha contestado sobre el convenio que deberían firmar con él; la señora, que ya lo atenderá ya, que ojalá; la señora, que ahí viene; yo que volteo y el doctor que se acerca, saluda a todos, abre la puerta y todos, empujándonos, pasamos.

Ya adentro, el doctor casi gritando, que pase el primero, entra detrás de la señora hablantina y cierra la puerta; nosotros en la salita pequeña que nos miramos unos a otros como queriéndonos conocer de una sola mirada; yo que miro a la señora bajita que parece mortificada de lo cual no sé si tener pena o alegrarme, miro que ha exagerado el maquillaje en su cara, en eso, el doctor que sale y dirigiéndose a mí me dice, señor Sepúlveda, con la UNI no hay nada todavía, y que las autoridades no tratan el asunto con seriedad; yo que le doy la razón tímidamente con un movimiento de cabeza, pero

por un momento, me doy cuenta de que tiemblo, que todos me miran, que el doctor me mortifica con su mirada, no lo escucho ya, solo escucho ruidos que parecen como aguas de un río y a las cuales no logro unirlas y no atino a sobreponerme y me agarro la cabeza y la perilla para disimular mis nervios; el doctor, que hay una serie de intereses en la universidad y que es un caos y no solo en la UNI, sino en todas, que hay una manga de arribistas; yo, que sí con la cabeza, que no obstante hay que defenderla, que sí con los labios que me tiemblan; el doctor, así que vea usted; y yo, cómo sería entonces; él, qué le queda, que vaya al hospital; yo, que bueno pues, pero por dentro no quiero, me irrita todo de él: su color, sus enfermos, sus carretillas..., con sus choferes vestidos de blanco; el doctor, que si puedo ir el sábado, no este, sino el siguiente; yo, que bueno, que en la tarde; el doctor, que cómo se me ocurre que en la tarde van a trabajar los hospitales; yo, que no puedo en la mañana porque tengo clase de Control de Inventarios. ¿Por qué me mirará tanto esa señora pálida? El doctor, que bueno, que sea cualquier día en la mañana; yo, que bueno; el doctor, que en el hospital me espera, hasta luego, Sr. Sepúlveda; yo, hasta luego, doctor, y por si acaso insistiré en Servicio Social de la UNI para que me atienda usted aquí en su consultorio; el doctor entrando a su sala-consultorio, bueno bueno vea usted, pero yo lo espero en el hospital; yo, qué vieja para espesa que me mira y qué espesos todos que han mirado todo el rato que el doctor me hablaba, ¿cuánto rato?, ¿un segundo?, ¿un minuto?, ¿un año?

Ya en las escaleras, no sé cómo salí sin despedirme de los pacientes del doctor, que quiero hablar con alguien, que debería haberle dicho que quería que me atendiera particularmente, pero esta maldita indecisión y timidez mía, que le puedo pagar mi plata, pero que bruto soy; ya en el microbús no me doy cuenta de cómo llegué y quisiera hablar con

todos los pasajeros; ¿cuántos son?, ¿cero?, ¿uno?, ¿cien?, ¿mil?, quisiera —repito— hablarles a todos y no solo pedir permiso para que no me aprieten tanto y quisiera que este microbusero de la línea Ingeniería-Santa Cruz no me diga solamente pase al fondo, sino hola, cómo le va mi querido pasajero, usted siempre por aquí; yo, que cómo está, que cómo está usted, y que a mí me va muy mal, muy mal.

Lima, octubre de 1981



LA VERGÜENZA DE LA SANGRE Y EL  
DOLOR DE LO QUE PUDO HABER SIDO



*Unless you're ashamed of yourself now  
and then, you're not honest.  
William Faulkner*

En junio, la terca garúa subrayaba el húmedo y miserable invierno de la Lima gris. La llovizna y grisura en el alma de Arturo se reflejaban en el cielo *panza de burro* limeño. En los últimos meses, su trabajo como analista en el departamento de Investigación Operacional de Petroperú había perdido el encanto de los años anteriores. Recordaba ahora, vagamente, cómo le gustaba acudir diariamente a las elegantes oficinas del alto edificio de San Isidro, sabiendo que su madre y toda su familia estaban claramente orgullosos de sus logros. El ambiente de su oficina era envidiable, rodeado de maestros de la modelación matemática, Arturo entendía por qué los arduos cinco años de Ingeniería Industrial en la UNI tenían sentido práctico. Su equipo era uno de los pilares en la promoción de soluciones que optimizaban las operaciones de la empresa petrolera.

La creación, imaginación e ingenio del grupo eran encomiables. Trabajar en la mejor empresa del Perú, con un sueldo que envidiaban millones de sus compatriotas lo ponían en el tope de la pirámide. Había un rasgo importante del cual Arturo estaba consciente y agradecido, era algo casi no visto o practicado en empresas en Perú: trabajaba en un ambiente donde se alentaban el diálogo y el flujo de ideas, conceptos y métodos. Era como vivir en un invernadero donde nuevas ideas eran plantadas y crecían y se alimentaban en la discusión civilizada de grandes mentes de analistas, cuyas inteligencias él admiraba en extremo. En particular, sus dos jefes inmediatos: Genaro Figueroa y Rubén Muñoz, maestros de la investigación operacional y la modelación matemática, le merecían respeto y total admiración.

Su experiencia al ingresar a Petroperú se vio doblemente beneficiada al encontrar almas gemelas a su otro interés, la literatura y en especial la poesía; ahí conoció a Pedro Cateriano y José Fernández, con los cuales le complacía conversar sobre literatura en las horas de refrigerio. Su segundo libro de poemas “*A la caza del eterno ciervo*” lo presentó en el auditorio de Petroperú, la presentación estaba encargada a Washington Delgado (gran amigo de los poetas de Tacna), pero el día del evento los estudiantes de San Marcos bloquearon una reunión del consejo ejecutivo y él no pudo asistir, Pedro Cateriano lo suplantó. Arturo recordaba con especial afecto aquella presentación, pues desde ahí fue conocido entre sus amigos de Petroperú como el analista de modelación matemática y el poeta; entonces, su vida doble se hizo más llevadera. Ya casi hablaba sin pudor de su doble vida de poeta y analista en los *vernissages* a los que solía asistir y a veces organizaban en casa de sus amigos como Lucho Madrid, Pili Dávila, José Luis Cantuarias, entre otros.

Todo eso habitaba en la cabeza de Arturo ese junio de 1985. Lejos de esos amenos recuerdos y gratas compañías donde el viento era benigno y la brisa suave como una melodía de Mozart, en este invierno, la mente y el alma de Arturo estaban anegados por angustias y una tormenta implacable de miedos y zozobras. Su madre, de solo 52 años, ya desahuciada, pasaba sus últimos días en la clínica Miraflores; su cuerpo destrozado y vencido a una metástasis galopante.

El cáncer apareció temprano y puntual en la mama izquierda cuando Francisca se acercaba a sus 45 años. Arturo recordaría el momento en que lo supo. Estaba dando su primera clase de Estadística en la universidad y la tía Irene, que vivía en Lima y que había acompañado a su madre a su chequeo anual en la clínica San Borja, le trajo la noticia. También recordaría que su mente se nubló cuando el cirujano le confirmó el resultado de la biopsia, advirtiéndole de

que el hecho de que Francisca era joven y fuerte contaban en su contra, es decir, en favor del cáncer. La frase clara en su terminología le recordó casi como un corolario en geometría, es decir, algo ya demostrado: “en cuerpos jóvenes el metabolismo es más activo y eso acelera la metástasis”.

Habían pasado siete años de ese evento. La mastectomía de la mama izquierda seguida de quimioterapia fueron solo el principio de siete años de interminable angustia. Las drogas de quimio en los 80 causaban tremendos estragos, por lo que Arturo y su familia se enfrentaron a las terribles escenas de ver a la madre destrozada. Francisca, antes del cáncer, había sido siempre la pieza central en el funcionamiento de la familia; la diaria fuente de optimismo y de máxima energía positiva. No en vano había forjado un negocio familiar de transporte que prosperaba gracias a su buen ojo para el comercio, pero sobre todo por su carismática personalidad; en un ambiente en que los caprichos y envidias de la gente, junto con las numerosas trabas de la burocracia provincial, hacían difícil cualquier paso adelante.

Haber sido tocada por un cáncer a sus 45 años. Francisca, para sus hijos mamá “Pancha”, era diario motivo de orgullo de la familia. Su rostro claramente reflejaba la combinación de herencias extremeñas y vascas, los Cáceres y los Velardes que se asentaron en la altiplanicie de las sierras tarateñas atraídos por su clima templado y aire puro; poseedora de un rostro con rasgos de una belleza moruna exhalaba una fresca hermosura; de frente resuelta, fina nariz y cejas como dos golondrinas sobre unos amplios y negros ojos. Su pelo azabache brillante y grueso peinado en un simple partido daban marco claro y amplio a un rostro que desplegaba una inteligencia franca y siempre amigable; no alta en estatura, su caminar seguro y elegante se anunciaban en un talle esbelto pero resuelto.

Esos recuerdos poblaban la mente de Arturo. Su ingenio en las tareas de desarrollo de modelos de investigación

operativa, diseñados para optimizar las operaciones de la empresa, se vería mermado drásticamente. Reuniones donde se planteaban mejoras y ensayos de los modelos matemáticos se intercalaban con citas a la clínica donde su madre enfrentaba la furia semanal de primero las dosis de quimioterapia y luego, cuando la metástasis se movió al cerebro, las sesiones de radioterapia, que eran igual de horrendas. Recordaba que el oncólogo, un hombre de rostro inteligente y atractivo con un bigote casi como de actor de cine mexicano, le explicó que la dosis de droga de la quimioterapia, con su semanal furia, no daba resultado; él recordaba que la evolución de la especie humana había, con éxito, desarrollado las tres membranas, las llamadas “meninges” para proteger el cerebro humano. “La quimioterapia no puede acceder a esas capas, por ello se usa la radiación para destruir las células cancerosas”. Su madre estuvo presente en esa discusión con el oncólogo aquel día; aun cuando no podía mantener la mirada fija, la radiación había afectado su capacidad de enfocar, sus ojos no escondieron la admiración por la capacidad del oncólogo.

En las últimas semanas de su vida, Arturo, su padre y sus hermanas se turnaban para estar todos los días y algunas noches con Francisca. El deterioro fue lento y en cada etapa la metástasis mostraba su naturaleza y poder y sin piedad tomó posesión del cuerpo cubierto de tumores y supuras sin dejar casi una pulgada sin tocar.

Un día que Francisca, sedada fuertemente, dormía, recibieron la visita de unos familiares. Se trataba de unos tíos. La tía Elsa era prima de segundo grado (la mamá de Francisca, Juana de Dios Velarde, era prima de Benedicta Menéndez, madre de la tía Elsa), nacida en Tarata había emigrado primero al Cusco, donde trabajó como maestra, y luego a Lima. La tía Elsa provenía de una familia de clase, lo que se podría decir rango, económicamente no eran nada mejor que los

paisanos de Tarata que laboraban la tierra, pero su padre era el herrero del pueblo y tenía un aire de extranjero, muchos decían que era un emigrado francés aun cuando calzaba un apellido claramente español: Pérez. La madre de Elsa era la curandera de la comarca, alta y esbelta, llevaba bien el apellido Menéndez, uno de los apellidos más antiguos de España. En Cusco conoció al tío Luis, quien trabajaba en un ministerio. Se casó con Luis, quien además no se quedaba corto ni en las buenas pintas que ofrecían sus ojos azul celestes ni en la prosapia de apellido de dos palabras que imponían sonoras herencias ibéricas: Del Castillo. El tío Lucho era, seguramente, descendiente de la casta de conquistadores que se asentaron en Cusco.

Vivían en el envidiable y moderno distrito de Miraflores y ambos habían estado de vacaciones en Europa. Francisca y Elsa casi coincidían en edades y en la soltura y confianza de dos señoras de raza blanca y con buenas presencias, aun cuando tenían profesiones distintas y se movían en círculos diferentes. Francisca en su negocio de camiones de carga y ómnibus de pasajeros y la tía Elsa, maestra de profesión, llegó a ser directora de escuelas de buen renombre en Cusco y Lima. No se veían mucho, pero cuando lo hacían sus sesiones de conversación eran legendarias en duración. No cabe duda de que los recuerdos de esas charlas de otros tiempos felices primero humedecían para luego llenar de lágrimas los ojos de Elsa al ver a su prima, la Francisca, ahora ya desahuciada con pocos días o tal vez horas de vida. Fuertemente católicos, habían visitado el santuario de Lourdes. Al verla, la tía Elsa sacó un frasquito con lo que parecía agua casi transparente y dijo: “esta agua es de la santísima virgen de Lourdes, la milagrosa, no perdamos la fe”, y colocando sus manos sobre la espalda poblada de tumores en cada pulgada, logró que del bordecillo del frasco salgan algunos chorritos de agua que se perdieron en los labios resecos de Francisca.

Arturo miraba esto soportando los ahogos que le causaban la pena y el dolor de ver a su madre, ahora sí despojada de toda dignidad, un muñeco de carne maltratada, menos que un muñeco de trapo. Sumido aún en esa imagen, Arturo recordaría después que lograría darles las gracias a los tíos que con cariño y amor se despidieron, regresando él y su hermana al cuarto de la clínica para seguir mirando con ojos ahora ya secos de tantas lágrimas el moribundo cuerpo. Esta última semana había sido quien sabe la más dura de todas, era viernes y Arturo era el que más mostraba cansancio. Su hermana logró convencerlo de que por esa noche él se fuera a dormir a casa, ya que ella se quedaría velando al cuidado de Francisca. Viernes por la noche, en la media hora de trayecto de Miraflores a San Borja, los estallidos de las bombas que retumbaban el centro de Lima le recordaron que la carnicería esquizoide a la que los tenía sometidos Sendero Luminoso era otra penuria que todos sufrían en este Perú; una penuria general que se sumaba a la penuria personal que él y su familia sufrían.

Al día siguiente, sábado 29 de junio, Arturo temprano regresó a la clínica. Notó que las enfermeras de turno, que cada vez le mostraban más simpatía, estaban un poco alteradas, ya que su madre estaba que salía y entraba en episodios de delirio y agonizantes ruidos de dolor. Le informaron que habían subido la dosis de morfina previa consulta al doctor. Arturo miró a su madre que ahora dormía y al salir del cuarto se encontró con tres personas: La tía Agustina; su hermano, el tío Esteban, y Luis, el esposo de la tía Agustina. Al ver sus rostros de claros y fuertes rasgos de la raza indígena de los altiplanos puneños, no pudo dejar de pensar en los visitantes del día anterior. Era como ver una réplica de la continuación de, por un lado, los sucesores de los castellanos conquistadores (Del Castillo) y, por otro, los descendientes de los antiguos peruanos, es decir, de los una vez conquistados

(Paucar). La tía Agustina y el tío Esteban eran hermanos de Pascual, el esposo puneño de la tarateña Francisca.

Al verlos en la puerta de la habitación de la enferma, Arturo les pidió con pocos modales y casi gritando que no entraran, diciendo que su madre estaba delirando. Esteban lo miró aturdido. La tía Agustina detrás de él trataba de ver a la moribunda en cama. No entendiendo el porqué de la reacción de Arturo, los dos se acercaron a la cama y miraron a Francisca que respiraba en desiguales estragos. Arturo no recuerda más, solo recuerda que las enfermeras de turno también escuchaban la conversación; se sintió cobarde de admitir que sentía vergüenza de recibir a parientes de raza diferente a los que visitaron el día anterior y que trataba de enmascarar su vergüenza pretendiendo proteger la dignidad de su madre moribunda; tratando de que esos parientes no la vean en ese estado deplorable. En el hondo fondo de sí, Arturo sentía la otra vergüenza, la vergüenza mayor que la “vergüenza” ante las jóvenes enfermeras, de que lo vean asociado con parientes que vivían en “El Agustino” y no en “Miraflores”. Esta cobarde insinceridad seguiría plagando sus días y Arturo vería su aparición en cada evento en el cual no pudo responder con la verdad y prefiriendo esconderse en la neurosis que enmarcaban sus complejos, sus miedos y sus ambiciones de ser otro, más aceptado, más blanco, más seguro de sí mismo.

La neurosis tendría el efecto de un arrepentimiento y grandes olas de culpa al recordar que la conducta de los dos tíos andinos, Agustina y Esteban, fue contraria a la de él. Sobre todo el tío Esteban, quien lo encaró y le estiró la verdad, dejando desnuda su hipocresía al decirle mirándole resueltamente a los ojos: —“¿es que usted tiene vergüenza de nosotros, de que nosotros vengamos a visitar a tu mamá, a quien respetamos y queremos?”—. Y esa era la verdad. Arturo siguió navegando en el mar de sus mentiras interio-

res, se sintió casi ahogado y solo atinó a decir que no quería que vean a su madre en ese estado. Años más tarde, Arturo contaría esta experiencia a sus hermanas y ellas le dijeron que no se atormente, Arturo recibió el comentario con pocas ganas, tal vez porque no se sintió seguro si su vida de constantes encuentros con su inseguridad lo habrían curado y asegurado otro nivel de conducta. Y es que Esteban cuando increpó a Arturo le enseñó lo que es vivir y sentirse digno de lo que es. El rostro de rasgos andinos de Esteban estaba iluminado de franqueza y sobre todo se veía despojado del prejuicio de la raza; en resumen, mostraba una hermosa dignidad personal, algo de lo que Arturo claramente carecía; una falencia que quería enderezar, intento que siempre acababa en el mismo pantano de las resoluciones vanas. Las lecciones no aprendidas se sumaban y en vano estaba el reconocer los esfuerzos perdidos, las resoluciones personales de cambiar se apilaban a la ruma de sus falsas autopromesas, su tanda de fracasos de siempre.

Estas preocupaciones y frustraciones lo aturdieron todo el sábado en esa última semana de junio en el invierno limeño. Una noche agitada precedió al domingo 30 de junio de 1985. Día, mes y año que quedarían grabados en la mente de Arturo. La razón: dieciséis años atrás, un domingo 31 de agosto de 1969, la selección peruana había logrado un empate en la cancha La Bombonera en Buenos Aires y logrado su clasificación al mundial de México 1970. Esta vez, en 1985, en otro domingo, la situación era similar, Argentina con un empate se clasificaba para el mundial a celebrarse nuevamente en México.

Arturo, ese domingo 30 de junio, llegó a la clínica a la media tarde, dejando que su hermana Martha y su padre Pascual regresen a casa a descansar; en el trayecto pudo ver en las calles, las tiendas, bazares y puestos de periódicos el ambiente de anticipación de esperanza. Arturo recordaba

que alguien le dijo que el fútbol no solo era una metáfora de la vida, era como la vida misma con sus glorias y desdichas, sus derrotas y sus triunfos. Él estaba asistiendo ahora al partido final de la vida de su madre. Era cierto, él seguía el fútbol con pasión, su equipo, el Alianza Lima, le había dado muchas alegrías, pocas tristezas. Asimismo, el equipo peruano estaba atravesando por una etapa dorada y el mundial era una fuerte posibilidad, solo tenían que repetir la actuación formidable y legendaria de dieciséis años atrás, donde con un valioso empate, Perú clasificó eliminando a Argentina. Esta vez tenían que ganar, el empate favorecía a Argentina. La metáfora del fútbol como un espejo de la vida vino otra vez a su mente y, aunque en larga medida concordaba con ello al ver el enjambre de eventos de las últimas semanas, no podía dejar de pensar que la metáfora quedaba corta en alcanzar la cataclísmica experiencia de perder a su madre de escasos 52 años. Sabía que le tomaría mucho tiempo lograr alivio y rehacer su vida; lo sabía por la intensa relación que había tenido con su madre. Sentía consuelo, pero no tranquilidad al repetir lo que su amigo, el poeta Segundo Cancino, le había dicho: “La vida, querido Arturo, no es como uno quiere que sea, la vida simplemente es”. Al llegar a la clínica, en la estación de enfermeras, en el piso, la radio estaba sintonizada en la emisora que transmitiría el partido clave. Arturo entró a la sala y la imagen ya familiar de la madre dormida mostrando una maraña de tubos y jeringas le dolió más ese día al recordar el ambiente de fiesta que reinaba en las calles. Anticipando una tarde tensa se acomodó en la silla cercana y abrió el libro que vanamente, sin poder concentrarse, trataba de leer desde hace un par de semanas. Al empezar el partido, Arturo trató de concentrarse en pensar en los últimos recuerdos de su madre cuando aún estaba consciente, momentos en que los dos se miraron y tal vez perdonaron las miserias que se causaron mutuamente. Artu-

ro recordaba que, sin decírselo, él quería recibir su perdón por su cruel comportamiento al culpar a su madre por estar padeciendo de cáncer avanzado. La pesadez de ánimo y la irritación habían hecho llorar a su madre y Arturo recuerda claramente el origen de ese evento.

Resulta que, a los días siguientes de la operación seguida de la feroz dosis de quimioterapia, su madre soportó el dolor y los estragos con una valentía espartana. La recuperación parecía continuar por buen camino y el cáncer parecía haber estado bajo control. Los ánimos de toda la familia mejoraron; algunas alegrías retornaron y Arturo pudo revelar una que otra sonrisa. La calma se interrumpió cuando una mañana, a escasas dos semanas después, Francisca volvió a sentir el malestar que anunciaba la determinada ruta de la metástasis con dirección a la otra mama y eventualmente al cerebro. Arturo perdió el humor y la paciencia, y su solapada irritación, no obstante, fue captada plenamente por su madre. Arturo se había levantado temprano para ir a su trabajo, subió al cuarto piso y vio a su madre en la baranda de la azotea, la mirada perdida hacia la calle, —¿por qué lloras?— le dijo ya presintiendo el devenir de una intensa pena para ambos. La respuesta le vino como un ramalazo de culpa y rencor, —lloro de mi suerte— le dijo su madre. La imagen de ver a su madre llorando y sufriendo por la forma en que su destino se presentaba como una avenida de sufrimientos que indicaban un final, una muerte prematura y que ella se sentía sola enfrentándose a esa infinita cadena de dolores.

La imagen del otro momento que él había tenido con su moribunda madre estaba relacionada con una decisión cuyas consecuencias perdurarían en la vida de Arturo. Rosa, una chica que veía a Arturo como un joven cultivado y ambicioso en su carrera de joven profesional en la primera empresa del Perú y además de intelectual con aires de poeta, se había prendado de él y aunque ella no entretenía la idea

de tener una vida de pareja con él, le brindó cariño, un inocente amor que Arturo, enredado en sus planes, se sentía incapaz de retribuir como ella esperaba. Arturo estaba consciente de la desigualdad en la relación y del hecho de que él estaba tomando ventaja en una relación en la que era claro que ella daba más de lo que recibía, no obstante, él se satisfacía en gozar del sexo con ella en sus varios encuentros nocturnos. Estos eran más o menos frecuentes y ocurrían en Tacna, a donde Arturo viajaba para ver a su madre.

Rosa lo recibía contenta y cada vez era evidente. Ella vivía en un cuarto arrendado en la casa de la madre de Arturo y se las arreglaba para colarse en su cuarto para darle placer y satisfacerlo. Entre los enteveros de sus emociones, Arturo sentía repentinas olas de ternura hacia Rosa, su calmado temperamento, la suavidad de sus hermosos ojos negros y su fidelidad le abrumaban y se sentía injusto y altanero. En sus momentos de ternura y descansando del placer de hacerle el amor, le decía: “quisiera tener un hijo que tenga tus ojos”. Francisca, la otra pieza de este triángulo, veía la relación con recelo y cierta hipocresía. Rosa fue siempre muy cariñosa con ella y había sido muy servicial en los meses de posquimioterapia. Un día, con la belleza en flor de las mozas en gestación, le dijo que estaba embarazada.

La primera reacción fue de franca alegría y emoción: tener un hijo con esa hermosa herencia, los ojos y la mirada suave de Rosa. Esta alegría inicial, como en todos los grandes eventos de la vida de Arturo, pronto se vio asaltada y mermada por la duda e indecisión. Estas dudas se verían alimentadas en la conversación con su madre, la cual le dijo: cuando te cases con otra mujer, Rosa te va a hacer problemas por la mantención de ese hijo. Arturo siguió pensando y alimentando la ilusión de tener descendencia, pero su cobardía pudo más y finalmente sucumbió a la propuesta de su madre, es decir, convencer a Rosa de que abortara, y eso

fue lo que hizo, al día siguiente desde Lima le escribió y le pidió a Rosa que termine la vida del hijo apenas concebido. Ahora su madre estaba muriendo y genuinamente se arrepentía de haber influenciado en esa crucial decisión de Arturo. “Yo hice sufrir a Rosa, ella quería ese hijo tuyo, y ahora con este dolor debo estar pagando”, Arturo se sentía conmovido por su madre, pero internamente estaba consciente de su eterna cobardía que terminó con toda la posibilidad de tener descendencia, Rosa le diría dos años después que, en efecto, el bebé que llevaba y que con tanto dolor abortó era varón.

Todos estos recuerdos le venían a Arturo que entraba y salía del cuarto donde la vida de su madre se apagaba a cada hora y a cada minuto. Por todo el a veces exagerado sentimentalismo, pensó Arturo, la letra de los tangos cotejan lo que sucede en la vida: En el tango “*Sus ojos se cerraron*”, los autores Gardel y Le Pera describen la inminente muerte de su amada con una frase que le pareció brutal: hay un pasaje que dice “*La muerte agazapada marcaba su compás*”.

Al salir al pasadizo escuchó en la radio el segundo tiempo del partido, el fútbol refleja la vida, dicen, Perú, iba ganando 2-1, con lo cual estaba clasificado. ¿Hay justicia en la vida?, ¿justicia de quién? Una de las promesas del fútbol peruano, Franco Navarro, quién sabe el delantero más peligroso de ese partido, fue víctima de un alevoso faul por un tal Camino del equipo argentino. Perú jugaba bien y Argentina muy nerviosa. Arturo seguía también con nervios el desarrollo. El tiempo y la muerte avanzaban ya no agazapadas, sino en abierto movimiento. Pronto la moribunda madre y el equipo peruano conocerán su destino. El locutor en la radio parece llenar de angustia toda la clínica. Hay esperanzas todavía, son solo diez minutos de agonía. No, pero la vida en el fútbol o el fútbol en la vida no son justos, simplemente son; simplemente ocurren. Faltando nueve minutos

vino el gol agonizante de Gareca. El balón recorrió la línea de gol, lo que pareció una eternidad antes de que el *Tigre* Gareca convirtiera el segundo gol argentino. Con el empate 2 a 2, Argentina clasificaría y Perú quedaría eliminado. El drama continuaría hasta el pitazo final, ya que a los 87 minutos, es decir, faltando tres minutos, el portero argentino le hace una atajada tremenda a Juan Carlos Uribe, negando a Perú el viaje al mundial. Maradona, cuya casi única contribución en ese partido fue el pase que culminó con el primer gol argentino, sería considerado como el mejor jugador del torneo en el siguiente año en México 86, donde Argentina se coronaría campeón mundial.

Arturo pensaba en los posibles desenlaces de eventos cruciales en su vida y los escudriñaría con el afilado pero inútil punzón de: “lo que pudo haber sido...” eventos como estos: ¿y si él no hubiera sido tan cobarde y hubiera tenido el hijo que ahora extraña?, ¿y si, despojado de vanidad, hubiera aceptado y valorado el amor de Rosa?, ¿y si un cáncer no se hubiera llevado a su madre a sus 52 años?, ¿y si Perú hubiera convertido el gol en el minuto 87 del encuentro con Argentina?, ¿y si Perú hubiera sido campeón mundial en vez de Argentina en México 86?, ¿y si hubiera podido ser valiente y no sentir vergüenza de sus parientes de sangre andina visitando a su madre moribunda? Su vida, pensó, es un remolino cuyo eje fue y seguirá siendo movido por ese “hubiera”. En esta eterna especulación que asaltaba y perseguía como una jauría invisible todos los días de su vida.

Francisca, la madre de Arturo, moriría el miércoles 3 de julio. La noche anterior, Arturo, su hermana Martha, su tía Cristina y su padre Pascual estuvieron con ella; al final de ese día, él se sentía débil y con extraños mareos. Se fue a su departamento muy tarde esa noche, ya cansado y sabiéndose vencido; alojando en su agotado cuerpo ya los primeros síntomas de lo que días más tarde sería una fiebre tifoidea.

El miércoles, entre pesadillas y sobresaltos, durmió hasta tarde y no estuvo con ella en la mañana de la muerte de Francisca. Esa ausencia causaría otro especulativo “hubiera” en su vida: “si yo no hubiera contraído tifoidea, (se diría Arturo por mucho tiempo después), yo hubiera sido honrado presenciando los minutos finales de vida de mi madre”. Años después, viviendo en el noroeste de Inglaterra, le vendría a la memoria, Burnt Norton, en “*Los cuatro Cuartetos*”, el poema de T. S. Eliot:

*Lo que pudo haber sido es una abstracción  
Que sigue siendo perpetua posibilidad  
Sólo en un mundo de especulaciones.  
Lo que pudo haber sido y lo que ha sido  
Apuntan a un solo fin, que está siempre presente*

Es cierto, se dijo, dejando de lado las argumentaciones y discusiones de índole relacionada con la física cuántica, donde las múltiples opciones conjeturan y crean otras opciones teóricamente infinitas. Y trató de convencerse de lo siguiente: *Lo que pudo haber sido y lo que ha sido apuntan a este único momento*, a este presente en el que Arturo escribe, dando cuenta de la única posibilidad de los eventos que escogió vivir, y su resultado, quién sabe es este, es decir, el escribir sus consecuencias.

Silverdale, 2 de abril de 2024